

JARDÍN JUNTO AL MAR

MERCÈ RODOREDA

JARDÍN
JUNTO AL MAR



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Jardí vora el mar*
(Barcelona: Club dels Novel·listes, 1967)

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Diseño de la cubierta: Edhasa

Ilustración de la cubierta: cenefa marina

Primera edición en pocket edhasa: junio de 2004

Segunda edición revisada: julio de 2017

© Mercè Rodoreda, 1967

© de la presente edición: Edhasa, 1983, 2004

Diputación, 262, 2ª1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2167-8

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 15888-2017

Impreso en España

*Dieu est au
fond du jardin*

robert kanters

I

A mí siempre me ha gustado saber las cosas que le ocurren a la gente, y no es que sea metomentodo... Es porque quiero a las personas, y a los dueños de esta casa los apreciaba. Pero de todo esto hace tanto tiempo que de muchas cosas ya ni me acuerdo, porque soy demasiado viejo y a veces me enredo sin querer... No hacía falta ir a ver películas al Excélsior las temporadas de verano cuando venían con sus amigos. Había uno que pintaba el mar. Se llamaba Feliu Roca. Había hecho exposiciones en París y creo que en Barcelona es conocido y ha ganado mucho dinero con esta tendalera de azul. Lo había pintado en todas formas: tranquilo, loco, con las olas altas, con las olas bajas. Verde, de color de miedo. Y gris, de color de nube. Marinas. Decía que hacía marinas y sus amigos le decían que tenía que hacer manchas; que es lo que más gusta a los americanos. Se burlaban y le decían que ya había habido demasiados pintores que habían pintado el mar, y el muchacho... Un chico magnífico, con el pelo

un poco rubio y unos ojos azules, un tanto dormidos, como soñolientos. A veces tartajaba. Cuando no le salían los colores como quería: quiero decir, eso de la mezcla. Me decía: es más difícil pintar esa bestia azul que cuidar de las flores. Y yo le contestaba: lleva usted razón. Las flores se hacen solas. Puede que sea por esto que ser jardinero tiene tan poco mérito... Se lo decía para que estuviese contento y entonces me contaba que, cuando hubiese pintado el mar de todas las maneras como el mar se puede poner, me pintaría a mí, sentado al sol. Claro, no lo creía... Todos los veranos, cuando llegaba, me alegraba de volverle a ver y creo que a él también le gustaba verme. Seis veranos... En total, seis veranos con un mal invierno... Una de las amigas —eran dos y nunca faltaban— se llamaba Eulalia. La otra se llamaba Maragda. Trabajaba de modista y había sido maestra de la señorita Rosamaría, que, de joven, había trabajado con ella, y esto las había hecho amigas. Cuando volvían del baño, por la mañana, procuraba trastear por los parterres de ahí cerca. Por éste, cubierto de caléndulas naranja; para oírlas hablar. Y, tanta alegría, tanta juventud, tanto dinero... y tanto de todo... dos desgracias.

Una vez vi un pájaro que se dejó morir. Por lo visto era un pájaro desesperado; como Eugeni.

La primera vez que vinieron los señoritos fue a principios de la primavera, de recién casados. A él ya

le conocía. Le había visto dos veces: cuando vino a ver la finca para comprarla, y otra vez cuando vino a ver cómo marchaban las reformas que había mandado hacer. Esta segunda vez me dijo que me quedara, que yo le iba como jardinero. Habían hecho el viaje de novios por el extranjero y estuvieron sólo de paso. Muchos paseos y muchos ratos en el mirador, contemplando el ir y venir de las olas y el cielo con todo lo que en él se mueve, muy cerca el uno del otro, y a veces abrazados. Si era de día, cuando me acercaba tosía para advertirlos y, aun cuando no sea pecado que dos casados se abracen, pensaba que habría de molestarles que los viera. Quima, la cocinera, vino ya por aquellos días. Después cogieron la costumbre de contratarla por la temporada, porque la cocinera que tenían en Barcelona, en verano, iba a ver a la familia. Quima quería que le contara lo que hacían por el jardín y yo le hacía contar lo que hacían por la casa, porque ella sabía muchas cosas por Miranda, una de las doncellas; que era de Brasil. Esta Miranda llevaba un vestido negro, tan apretado al cuerpo, que lo tenía delgado como una serpiente, que más le valiera ir desnuda. Y un delantalito de encaje, pequeño como la mano. Gastaba muchos humos. Lo cierto es que no podían contarme mucho porque ocurría poco. A veces el señorito Francesc ponía una aceituna en la boca de la señorita Rosamaría y ella la cogía con los

dientecitos... Por lo visto él estaba como loco. Quima me dijo que, cuando Miranda se lo contaba, ella, que mejor era del color del regaliz, se ponía blanca. De envidia, según Quima. Se conoce que esas del Brasil son así. Un día que ellos habían salido a pasear en el coche, Quima me hizo subir arriba, y a mí me daba mucho apuro que volviesen y nos atraparan, y me dijo: «¡Verá qué joyas!... El señorito Francesc es uno de los hombres más ricos de Barcelona». Me enseñó muchas cosas y me dijo que todas eran de brillantes; y un collar, con una pera verde que colgaba en el centro. Gente rica de veras. Y confiada. Por las rendijas de la persiana miramos al jardín. La torre y las tierras de ahí al lado eran por entonces un campo de hierba y lagartijas.

Se fueron y dijeron que, en junio, vendrían con unos amigos. Me dieron las llaves y me dejaron como dueño de la casa que, de vez en cuando, tenía que orear. Cuando recibí la carta en que me decían que volvían, me puse contento. Tal como me encargaban, alquilé a Quima para el verano, que se puso colorada de satisfacción porque, en la carta, el señorito Francesc decía que le gustaba mucho cómo hacía los lenguados al horno. Miranda vino dos o tres días antes con las maletas grandes y sin abrir boca. Yo, fuera con mis plantas. Ella, dentro con el polvo. Vinieron por mar. A los tres días oímos la sirena del barquito y en-

seguida vi cómo se iba acercando y cuando estuvieron lo bastante cerca, descendieron de la motora y se quedaron en la playa porque iban en traje de baño y empezaron a nadar y una de las amigas se puso a patinar por encima del agua como una figurita. Trajeron a un profesor que les enseñaba aquello de los patines y la señorita Rosamaría, en broma, me preguntó si me gustaría aprender y le dije que yo ya no pitaba... Me preguntó si tenía alguna flor enferma y le dije que, gracias a Dios, todas se encontraban bien de salud. Cogieron a Mariona de camarera: una chica del pueblo que conocía de vista, muy jovencita, pequeña y limpia como los chorros del oro.

Por la noche, desde el paseo de los tilos y las moreras, miraba a menudo su habitación. Siempre me gustó pasearme por la noche por el jardín para sentirlo respirar. Cuando me fatigaba, me iba piano piano hacia mi casita y percibía el vivir tranquilo de cuanto es verde y de color cuando hay claridad. Empecé a darme cuenta de que alguien se paseaba por el jardín a altas horas de la noche. Me puse al acecho y vi que se trataba de Miranda. Me molestó mucho porque se paseaba con una ramita en la mano e iba dándoles tabanazos a las plantas. Una noche me dejé ver y le chillé de mala forma.

—No me gusta Miranda —me dijo un día Quima—. No fie en la gente que está despierta a la hora de dor-

mir... Lo que Miranda quisiera... pero me parece que el señorito sólo tiene ojos para una cosa... La señorita Rosamaría puede estar tranquila.

—Hay hombres a quienes les gustan las personas que vienen de lejos, y poder pensar en árboles y en plumas de colorines; les sabe mejor... —le dije. Y Qui-
ma me dijo que estaba loco de atar y que dejaría de hablarme. No tan loco. Miranda, haciéndose la distraída, tendía trampas.

Tardé mucho en saber cosas de la señorita Eulalia, la que ya sabía patinar por el mar. Era blanca de piel y negra de cabello y tenía un aire encogido. No era como la señorita, que esparcía una especie de cosa como si fuera el buen tiempo. Por una temporada pensé que Feliu, el pintor, estaba medio enamorado de la señorita Eulalia, pero tenía otros quebraderos de cabeza con la pintura y un día que se lo dije en broma, me dijo que las señoras comedidas no le interesaban; que a las señoras prefería que fuera otro quien las divirtiera y que en lugar de un ramo de rosas prefería un ramo de... Y señaló unas flores. «Digital —le dije—, una flor simple.» Y él replicó: «Según qué señoras, si no pusiera atención, se me comerían vivo y se acabaría el pintor antes de que empezara».

No sé si tenía razón y él tampoco debía de saberlo; pero nos reímos. Qui-
ma, de vez en cuando, me preguntaba qué hacía Miranda por las noches.

—Nada. Da vueltas... Con tal de que no me eche a perder las plantas, que haga lo que quiera.

Una noche de mucha luna se bañó. Si no fuera por la luna no la hubiese conocido. Se metió en el agua corriendo, como si se metiera en un mar de tinta. Cuando salió del agua relucía como una aceituna. Se tendió en la arena y estuvo tanto rato que creí que se había dormido. Y el agua, venga, venga, venga, ahora voy y ahora me marchó... Remedé el canto de la rana, y Miranda, nada. Quieta como muerta. Al final me cansé de cantar. Me fui a dormir y cuando empezaba a coger el sueño: rau... rau... rau... Al pie de mi ventana. La hubiese matado. Pero me hice el dormido y ya, para siempre, le cogí manía.

Un día la señorita vino a ver el jardín y le enseñé los viveros. «¿Ve usted todo esto tan menudito? —le dije—. Serán flores, y cuando ustedes se vayan ya habrán florecido y no quedará nada: sólo granitos». La dejé un poco sorprendida porque es seguro que nunca nadie le había explicado de forma tan clara lo que ocurría con las pequeñas plantas que nacen de una semilla. La miré bien, y era bonita. Tenía algo que yo, como soy jardinero, no sé si sabré explicar; no sé explicar, especialmente, las cosas delicadas... A pesar de que un jardinero sea una persona un tanto distinta de las otras, y esto es debido a tratar con flores, también

tratamos con la tierra. Se puede decir que una cosa compensa la otra. Pero con ella, quiero decir con la señorita, era como si sólo tratase con flores. Me parece que me estoy embrollando. Pero la señorita me gustaba mucho... únicamente para mirarla. A veces le habría dicho: «Siéntese que voy a mirarla». No me atreví nunca, claro. Pero se lo hubiese dicho si no hubiese pensado que, además de figurarse que me había vuelto loco, tal vez me hubiese despedido.

—Usted, ¿vive aquí desde hace tiempo? —me preguntó Feliu un día que estaba mirándole mientras pintaba.

—¿En el pueblo?

—No. En la casa.

—Desde después del servicio militar. En este jardín hay árboles que yo he plantado; y no me refiero a los más jóvenes. He conocido dos propietarios: la señora Pepa, que era una señora con un genio de todos los demonios y más vieja que el tiempo, y el señor Rovira, que era un pedazo de pan que jamás se metía en nada. Pero los propietarios de ahora me permiten mejorar el jardín, especialmente en flores de temporada, porque, desde el primer día, me dijeron que no ahorrarse.

—¿Le gusta lo que estoy pintando?

—Qué voy a decirle... Por mucho que hagan, a mí el mar me gusta más al natural.

Un día me dijo que me sentara, que preparaba color y que quería que le dijera mi parecer, porque a él los ojos le hacían candelillas, y me cabreó porque nunca acababa con el pincelito. Se puso muy contento cuando le dije que el color se parecía mucho al color del agua, sin ser tan ligero...Y, cuando le dije que tenía trabajo, me pidió que no me fuera todavía y, por cumplido, me quedé un rato más.

Miranda hacía muchas zalamerías para conquistarle. Le decía que debería pintarla delante de los rododendros. Él me había dicho que me pintaría a mí sin pedírselo, y Miranda se le ponía delante, le hacía visajes y monadas y le preguntaba cómo le gustaba más; hasta que un día él le dijo que no tenía tiempo para pintarla, pero que le haría un dibujo. La tuvo más de una hora plantada de pie y a cada momento la reñía porque decía que se había movido. La chica parecía de madera, apenas si se atrevía a respirar, y cuando tuvo el dibujo terminado se lo mostró. Huyó furiosa porque Feliu había dibujado un escuerzo.

La señorita Maragda decía que, en el caso de la señorita, la hubiese despedido en el acto. Que era guapa y era un peligro y que, aunque se esforzara, no le hacía ninguna gracia. Por lo visto una vez la señorita Rosamaría le contestó que le gustaba el peligro y que no haría nada ni le daba ningún cuidado. El señorito Francesc, cuando tenía a su mujer cerca, no veía otra

cosa. «Sí —dijo un día Feliu—, ya se le nota que le gusta, más de lo que pensaba al principio, cuando lo de Eugeni.» Aquel año vinieron también unos amigos franceses que tenían una niña. Vivían en la fonda de Bergadans, pero todo el día andaban por ahí. La niña patinaba en el agua y la señora se metía a veces en la cocina para preparar algún plato especial. A mí me divertían tantas idas y venidas, pero me estropeaban un poco el jardín y un día tuve que decirle a la señorita que les dijera, con buenos modos, que si querían flores me pidiesen que se las cogiera, porque las arrancaban y me echaban a perder las plantas. La niña francesa se enamoró de Feliu. Bueno, enamorar... Quiero decir que se le pegó como una lapa. Todo el día le iba detrás y dijo que quería aprender a pintar y el señor francés pidió a Feliu que aceptara ser profesor de su hija durante el verano y Feliu tuvo que acceder para no quedar mal con los señoritos, pero en el fondo maldecía los huesos de la niña, al padre y a toda la corte celestial. Y ya tuvimos a la niña cargada con el caballete y la caja, y lo mejor de todo es que el padre intervenía y daba consejos al pobre Feliu, que echaba chispas. Me decía: «Primero debería aprender a dibujar este angelito...». Pero lo que querían, tanto los padres como la niña, era ver colores. El día que se lo conté a Quima, apenas si me escuchaba; fue el día en que me hizo notar que la señorita sólo iba con sus amigas. Por la mañana se bañaban y

después iban a los pueblos de ahí cerca y se quedaban a comer. Los señores iban, como si dijéramos, por un lado y las señoras por otro. Y Miranda volvió a la carga, pero con el señorito.

Al finalizar el verano se me presentó el señorito y me dijo que daría una gran fiesta antes de marcharse, y que quitase el parterre que había entre las dos magnolias. Creí que no le había comprendido. «¿Cómo dice?», le pregunté. Me lo repitió y me costó mucho reponerme de la sorpresa.

—Ahora que lo tenemos florido de lirios de Perú y de pensamientos de Holanda?... ¿Se figura que un parterre florido es como una silla, ahora hacia acá, ahora hacia allá?

Pero no me quedó más remedio que quitarlo y en el sitio del parterre pusieron una mesa de árbol a árbol, que por lo menos medía diez metros.

Al día siguiente me estaba entreteniendo con los clavelitos indios y olía aquella fragancia que dan, tan acibarada, cuando se me acercó Quima, secándose las manos con el delantal, y ésta fue la primera noticia:

—Parece que contratarán extras.

—Y esto ¿qué es?

—Ya lo veremos. —Y se volvió muy preocupada. La señorita dijo que el día de la fiesta ella sólo tendría que lavar y secar platos. Y preocuparse, como fuera, de

que no se terminase el hielo. Entonces la torre nueva era un campo perdido, con hierbajos y lagartijas y estos que hacen la música: quiero decir los grillos. Pues el día de la fiesta estaba cubierto de automóviles. El profesor de los patines iba disfrazado de ladrón, con un manajo de ganzúas que le colgaba del cinto. Todos iban disfrazados. La niña francesa, de mariposa, amarilla y azul, y la madre, de demonio. Dos días antes habían venido los electricistas a poner luces por el jardín y una semana antes, la señorita Maragda, la modista, había mandado venir una serie de chicas de su taller y estaban todas en el segundo piso confeccionando vestidos para la fiesta. No se paraba de ir a Barcelona para comprar encajes y cintas y siempre faltaba alguna cosa, y Quima y Mariona se volvían locas con el trabajo que se les había caído encima. Tres días antes empezaron los chubascos. Cuando preparaban algo... que si quieres agua. El mar enfurecido, Feliu con la sanguijuela de la niña francesa encima, los señoritos malhumorados, el profesor de los patines todo el día en casa Bergadans con el señor francés jugando a las cartas. Las chicas cosiendo y todo el mundo mirando desazonador al cielo. Las aguaturmas de detrás de mi casita tiradas por el suelo, la lancha motora se desamarró y tuvieron que ir a buscarla con una barca, y al profesor de los patines por poco le cuesta la piel porque el mar estaba como un rediós de loco. Yo me

lo pasaba encerrado: de vez en cuando miraba por la ventana y si la lluvia cedía un poco, iba a dar una ojeada, a ver qué desgracias había por el jardín. Por la noche, gluc... gluc... gluc... los canalones. Y la última noche de lluvia fue algo muy gordo.

Truenos y relámpagos, como si los regalaran. No podía dormir: tenía la ventana abierta y veía los árboles y el eucaliptus bamboleándose de un lado a otro. Las hojas más débiles caían al suelo y en el techo se me hicieron un par de goteras. De madrugada todo se calmó y la lluvia caía acompasada y pequeña. A las diez salió el sol como un príncipe y todo el mar se puso azul.

La fiesta comenzó con un castillo de fuegos artificiales. La señorita Rosamaría cuando vino a verme para decirme si querría hacer el favor de abrir las portezuelas de los coches y decir que deberían dejarlos en el campo de al lado para que no estorbasen, también me dijo que los hombres de los fuegos podrían preparar las cosas en mi casita. Y me llenaron el comedor de cajas de cohetes que, si se hubiese prendido fuego, todo hubiese volado.

Claro, todo el mundo sabe lo que es un castillo de fuegos... pero como aquél, a mí me pareció que no podía haber otro en el mundo. Duró media hora, reloj en mano. De margaritas y estrellas y ramilletes de todos los colores... Una figura eran estrellas, y

estuvieron puede que un minuto encantadas arriba en el cielo, sin fundirse, que por poco me cuestan la vida porque, sin notarlo, me aguantaba la respiración. Feliu vino a mi encuentro.

—¿Le gusta?

—¡Vaya sarao!

—¿Sabe por qué es toda esta fiesta?

Tuve que decirle que no lo sabía y entonces me explicó que la señorita Rosamaría estaba embarazada y que el señor Francesc lo había querido celebrar.

—Ni que me lo hubiesen jurado.

Nos agachamos al mismo tiempo porque habían soltado una traca y muchos cohetes y nos caían un montón de chispas encima. En aquel momento se presentó el señor Francesc muy enojado.

—¿Usted qué hace aquí?

—Ya lo ve; mirar...

—¿No recuerda que le dije que debía estar en la entrada? Acaban de llegar más invitados y han metido el coche en medio del jardín.

Con Feliu fuimos a ver el coche y Feliu montó en él y lo llevó al campo. De vuelta cruzamos entre la gente, y los músicos ya tocaban y todo el mundo bailaba. Vi a los extras bajo las magnolias, de pie detrás de la mesa. Llevaban a la pobre Quima de coronilla... Eran seis e iban de negro, con solapas relucientes y más engominados de cabellera que Dios. De pronto

me acordé de que debía estar a la entrada y me fui allí como el rayo y me quedé plantado hasta las once. Me pareció que ya estaba bien. Después volví a ver cómo bailaban y me miré de cerca a los extras. Los habían traído de Barcelona y servían muy bien lo que los invitados les pedían y con muy buenas maneras. La señorita Rosamaría iba como una princesa, con velos color de humo cubiertos de piedras que brillaban y con el pelo suelto. Por fin me cansé de tanta algazara y me fui al mirador, pero estaba el señorito vestido de calavera y dos señores con capa de seda, y por lo que pude cazar hablaban del temporal y de la lancha motora que habían tenido que ir a buscar mientras todo soplaba. Me fui a mi casita y por la ventana de la parte trasera se oía hablar. Como con las alpargatas un hombre no mete ruido, me acerqué mucho y eran la señorita Eulalia y la Maragda.

—No sé qué más quiere... ¿Te hubieses casado con él?

—Qué preguntas... Pero espero que ocurra alguna cosa.

—¿Qué cosa?

—No lo sé.

Tosí sin querer y ellas callaron y se fueron.

Cuando empezaba a adormilarme, Quima vino a buscarme a toda prisa. A ver si quería hacer el favor de ayudarlas en la cocina pues no daban abasto a lavar

los platos. Estaba muy ofendida porque no le habían dejado que asara los pollos. Encima de la mesa, debajo de las magnolias, había de todo. Montañas de pedazos de pollo. Montones de longaniza y jamón: dulce y salado. Mortadela y toda clase de cosas finas, y langostinos sin cáscara, cubiertos de mahonesa. Los invitados decían, esto quiero y esto lo dejo. Si querían servirse, se servían, y si tenían pereza de hacerlo, los extras les servían y el champán iba a tanto como quieras. La niña francesa bebió con un poco de exceso y a medianoche tuvieron que llevarla a dormir, medio mareada, y las alas de mariposa se le machucaron mucho. Una señora se puso a cantar y bailar y todo el mundo abrió corro y le aplaudieron con fuerza porque lo hacía de primera. A la una de la madrugada un grupo se fue a bañar y a reír. Yo ayudé en la cocina lo mejor que pude, que no fue mucho. Un par de horas secando platos y al final les dije que ya estaba bien y que me iba a dormir porque al día siguiente el trabajo que tendría para arreglar todo el desbarajuste que me habrían hecho en el jardín no me lo haría nadie. Cuando por segunda vez iba a conciliar el sueño, oí una voz muy bonita que decía:

—Abra, abra... ¿No estará durmiendo?

Me metí los pantalones lo más deprisa posible como pude y me encontré con la señorita, que me traía un plato lleno de comida. «Sólo faltaría que usted no

participara...Y estuvo muy mal que Quima le haya utilizado para secar platos.»

Se fue y después de un momento oí pasos por encima de la arena y ¡pam!, ¡pam! Una voz de hombre que preguntaba: «¿Es usted el jardinero?».

—Sí, señor —dije con la boca llena.

—Le dejo una botella junto a la entrada, ¿me oye?

Salí a buscar la botella que era de champán y sin descorchar. Me la había traído un extra. Y de pronto oigo «¡patapum!» Y echo a correr. Era el extra que se había caído. Le ayudé a levantarse y andaba cojo. Como era de Barcelona se conoce que no sabía andar a oscuras.

Me comí todo cuanto había en el plato, a pesar de que tenía más sueño que hambre. Me lo terminé sentado al pie de la puerta y a la luz de la luna, que empezó a encaramarse por el eucaliptus hacia arriba. Había salido de detrás de la baranda del mirador, algo rojiza, como si anunciara más lluvia.

—¿Está cenando? —Era de nuevo Feliu, que también estaba comiendo.

Le mostré la botella.

—Mire qué me han traído.

No sé de dónde salió la niña francesa y Feliu se levantó y huyó como un cohete por el lado de las aguaturmas. La niña se me puso delante. «Buenas noches», dijo. Por lo visto ya había aprendido algunas palabras. Se sentó a mi lado, silenciosa como un pez. Al

cabo de un rato llegó su padre, que la debía de estar buscando por todos lados como un desesperado, y se la llevó de un tirón. Iba vestido de cocinero y, como era bastante gordo, estaba que ni pintado. En cuanto desapareció, otra vez Feliu.

—Tendrá un disgusto —me dijo.

—¿Qué ocurre?

—Le han tumbado los coletuy.

Fuimos enseguida a mirarlos. Una desgracia dicen que nunca viene sola. Los coletuy pisoteados. Y los lupinos colorados. Todo bueno para tirar. Como si una planta fuese una herramienta que si se estropea se compra otra igual. Bailaban todavía y a mí se me subía la sangre a la cabeza. Unos cuantos invitados habían entrado en la casa y por una ventana abierta vimos al señorito Francesc que jugaba al billar con el profesor de patines. Tres caballeros, de pie, les miraban. El señorito, de calavera, hacía bastante mal efecto tras la pantalla verde. Entró Miranda con una bandeja de copas y botellas de licor. Uno de los caballeros que estaba de pie, en cuanto ella hubo dejado la bandeja, se le acercó y le levantó el delantal, y ella le dio en los nudillos con prisa y el caballero la dejó tranquila. Luego recogió las copas vacías y no pudo llevárselas todas porque no le cabían en la bandeja. Pisé algo blando. Era el brazo de un invitado que se había dormido echado en la hierba. El hombre gimoteó.

Fue una noche de locura. Pero acabó bien. Cuando me dormí salía el sol y la casa parecía muerta. Se pasaron el día en la cama.

Al día siguiente, mientras miraba si podría salvar los coletuy y arrancaba los lupinos, una camioneta se detuvo a la entrada y el que iba al lado del chófer bajó y llamó. Dejó muchos paquetes y dijo que todo estaba pagado. Eran paquetes llenos de pies de pato y de gafas para nadar por debajo del agua. También había respiraderos.

Con Feliu fuimos un rato al mirador. El agua estaba clara y les veíamos todos los movimientos. La señorita Rosamaría también se metía dentro. A los cuatro días ya habían aprendido y se iban a tostarse más lejos. Cuando supieron suficiente, se fueron a Barcelona y hasta el año próximo.

Haría un mes que se habían ido. Una tarde estaba cerca de la entrada mirando unas plantas que no me acababan de satisfacer, tan distraído, que no le oí llegar.

—¿Sabe si está en venta?

Era un caballero de más de media edad, muy bien trajeado, un poco colorado de cara y con un pelo espeso y blanco.

—Dispense —le dije, volviéndome.

—Querría saber si este terreno está en venta. —El caballero me hablaba desde detrás de donde está la baranda de bojes.

—No se lo puedo decir —contesté echándome un poco atrás la gorra. Sabía que el campo había pertenecido al viejo Farreres, que había vivido muchos años en Tarragona y que había muerto rico. Había dejado un hijo, pero al tal hijo nunca le habíamos visto por el pueblo—. Hace ya muchos años que veo así este campo... Como si no tuviera dueño.

—¿No sabe usted con quién podría hablar para comprarlo?

Después de mucho cavilar le di el nombre del viejo que había muerto y le conté que el hijo puede que viviera y que era todo cuanto podía decirle. Sacó una libretita y apuntó lo que yo le decía y luego me preguntó el nombre de mis amos. Se lo dije, pese a que no me hacía ninguna gracia, y todavía no se marchaba. Entonces me preguntó si el pueblo era un pueblo tranquilo, si la gente era buena gente, y una serie de cosas por el estilo. Cuando me hubo hecho contar lo bastante, me dijo que de joven había ido a América a hacer dinero y que había ganado mucho. Que tenía una hija muy mimada que se tenía que casar a fin de año y que, para que estuviese contenta, buscaba una propiedad con jardín cerca del mar y en este pueblo.